

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS
14-2-4a:
Carla Canon visita al sabio Mirallá
Capítulo IV (1 a 7)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libros: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 19/06/2024
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IV PARTE del viaje de visita de Carla Canon al sabio Fausto Mirallá

1

Despertar en una cabina japonesa

Las cabinas dormitorio japonesas de la estación de autobuses próxima a la Tercera Vaquería estaban muy bien, cápsulas mínimas pero confortables, y Carla eligió la más próxima, de las que quedaban libres, a la parada de la salida del autobús del aeropuerto. Estaba dotada de música y aromas relajantes, propiciadores del sueño que todo lo repara, pero prefirió silencio total y atmósfera neutra. Antes de disponerse a dormir, consultó los mensajes recibidos; tenía uno de Fausto Mirallá: la iba a esperar al aeropuerto de Düsseldorf y, sí, llegaba a tiempo para la fiesta de la presentación que tendría lugar en La Burbuja. Así le llamaban, supo luego, a la sede en el Rin de la delegación alemana de la biblioteca del Naranjal, antigua de don Borondón... En el mensaje del sabio Mirallá, se leían luego series de palabras sueltas que conformaban una suerte de partitura literaria al modo de partitura musical, como al azar dispuestas pero que de seguro encerraban algún tipo de mensaje: viajeros y viajeras, conocimiento y contactos, pompas de jabón, libres de grisura, invade un ser vivo y multiplícate en él, lugar liberto, nacimiento, alumbramiento, desarrollo, evolución, fuente, nacencia, pozo, casa cuna, comedero, comienzo...

Carla silenció todos los registros de su Rebequita documentalista y se fue quedando dormida poco a poco, arrullada por el recuerdo sonoro de las letanías del Mirallá: curiosidad, nuevas buenas, impaciencia, risa, dos, ella y yo, tiempo privado de la distensión..., misterioso, fantástico, el hombre de ninguna parte, avisos de aisipiai... Tuvo sueños de vuelo y en color, helicópteros y globos aerostáticos reverberantes sobre un parque nevado, locus solus y amenus con artilugio mecánico, trípode de máquina soltera sobre mosaico dental... Al final del sueño todo se incendiaba y el parque nevado desaparecía para transformarse en un magnífico vergel. Y despertó.

Se lo había pasado muy bien en el sueño y se despertó animada. En el módulo de los baños se topó con un guapo chaval que le dijo que era bangladesí y bombero, y estuvo a punto de tirárselo, como ella decía cuando se le despertaban las pasiones, pero se contuvo pues iba justa de hora. Se estaba haciendo mayor. Le acarició un poco la verga y el chaval la miraba con sonrisa de felicidad. “Chao, el mundo es un pañuelo, chaval”, y la Carla se fue corriendo al autobús a punto de salir. Desayunó en el aeropuerto; en el avión consiguió echarse una cabezadita que terminó de despejarla,

en el reducido asiento de ventanilla de la última fila. Un lugar en el mundo, en ese momento. El suyo.

2

Dusseldorf estaba nevada

Primera sorpresa: Düsseldorf estaba nevada. Un delicado manto blanco que el sol, aquí y allá sus rayos entre nubes, como rompimiento de gloria, fundía y hacía reverberar. Carla temió no reconocer a Fausto Mirallá, pues hacía más de diez años que no le veía, pero enseguida se disipó la incertidumbre. Un cartelón danzaba por encima del mar de cabezas de la sala de espera de llegadas del aeropuerto. “Bienvenida, Carla Canon”. Y allí estaba él en pie, blandiendo el cartelón, con un traído y holgado abrigo pardo y un viejo Stetson negro a la cabeza, tal como lo recordaba. “Ajajá, mi veterano combativo...” – se emocionó la Carla – “Saludos del Calabrés”. Y se dieron dos sonoros besos. “Viejo y zorro Alí, el Calabrés amostachado, cano ya hoy...” Fausto le presentó a algunos de sus acompañantes, la mayoría recién llegados también. El J.R., recién llegado de Levante, aportaba para la fiesta de la Burbuja una Vitrina Monumental Panóptica Para Alojarse Un Tesoro (VMPPAUT): un potente artilugio almacén de contenidos preciosos para captar recursos para las redes de nomadeo. Carla ya le conocía muy bien de sus contribuciones al montaje y desarrollo de los campamentos orientales, y su presencia allí la confirmó en lo acertado de su viaje a la fiesta de la Burbuja. Más besos. “No podía faltar a una fiesta de la ignición como ésta”, le comentó el orondo y sonriente JR con un guiño de complicidad. “Me ha sucedido lo mismo que a ti, sin duda”. “Este es Chema Egea, que también llega de lejos... Un holandés errante”. El tal Egea tomó a Carla por la cintura y le dio un besazo abierto y tanguero en la boca que atragantó a la mujer. Se desprendió de él. “Uf, chico, de la vieja escuela, tú”. Y activó su cámara registradora. “No me voy a perder ni un detalle de todo esto”.

Más saludos a otra gente, entre ella unos chavales a los que Fausto Mirallá denominó los ciclistas aerostáticos. Habían preparado para la fiesta de la Burbuja hasta una docena de vehículos solares más sencillos que los motorinos que Carla conocía bien, con acoples de pedales y un globo que multiplicaban su eficiencia energética. Habían traído uno de los prototipos al aeropuerto, y allí estaban exhibiéndolo, aún con precauciones, pues no dejaban ascender a más de dos metros el vehículo por si surgía algún problema técnico evitar males mayores para los pilotos pedaleadores. Durante la fiesta harían una demostración en el parque del Mediterráneo, al lado del Suli’s Café, en donde se estaban concentrando.

3

En la cantina del aeropuerto

JR insistió en tomar algo antes de volver a la Burbuja del sabio Mirallá, que parecía ser el nombre adoptado para aquella delegación de la biblioteca del Naranjal

que pretendía promocionar como intersticio de nomadeo en el Rin, y que tenía al Suli's Café como centro de operaciones. Y en la cantina del aeropuerto se encontraron con una vociferante concentración de jóvenes airados en torno a dos familias bastante harapientas a las que habían venido a esperar, al parecer procedentes de Chipre. Enseguida les explicaron que eran deportados económicos voluntarios después de que en su isla de origen les retuvieran todos sus ahorros tradicionales; antes de morir de hambre, literalmente – “¡Y miren sus caras decrepitas, no hay derecho!”, gritaba una chica más que indignada – se habían acogido a un plan voluntario de deportación, y habían elegido para venirse un campamento del Rin, en aquel momento en fase de montaje aún. Por eso estaban allí. Ya llevaba semanas en las noticias diarias aquel drama especulativo de vendemotos y tiburones varios, y la gente estaba, más allá de la indignación, palabra de moda, hecha una furia.

Fausto les explicó a los colegas recién llegados que la Burbuja lindaba con el parque del Mediterráneo y con los nuevos campamentos que se habían ido instalando tanto allí como en los descampados de las afueras de la ciudad, mal que bien, para acoger a las verdaderas masas de desahuciados y desplazados que llegaban a diario ya. Venían a miles, siempre del sur, en ocasiones familias enteras, como los chipriotas recién llegados, en ocasiones personas individuales que eran más fácil de alojar y redistribuir por un lado, o por otro. A veces llegaban grupos homogéneos variopintos: los afectados por las preferentes de Bankaka, los afectados, por no decir arruinados, por la prioritarias de la Kaikaisa, los engañados por los Mondragones, los subastados como primos de riesgo, y similares... Eran designaciones eufemísticas que ocultaban trágicas estafas que estaban desarticulando las redes formales financieras y convirtiendo en lo que también eufemísticamente llamaban precarios a grupos de gente cada vez más amplios, y hasta a barrios enteros que querían borrar del mapa para instalar allí, en su espacio tradicional, nuevos centros duros institucionales o financieros para los que ya no contaban, y por ello sobraban, como población.

Carla Canon y JR se miraron y se encogieron de hombros. “Lo de siempre. Por Levante hace tiempo que es así, ¿verdad Carla?” “Y por España... Cada vez más las ciudades aparecen cercadas por campamentos de nuevos precarios, que dicen, de gentes arruinadas por los vendemotos. Estamos acostumbrados, sí, pero desbordados, los activistas, oenegeros, voluntarios, misioneros e iglesias y dispensarios, desbordados por los nuevos nómadas... Es la macarrería galopante, la desvergüenza de los ahítos y satisfechos, de los hartos y sin embargo insaciables, devoradores de todo, que ya sólo cagan oro, y a los que hay que destruir para poder sobrevivir. Así de duro todo, así de claro”.

En un extremo de la barra de la cantina del aeropuerto, en donde habían logrado hacerse un hueco, Carla Canon se mostró segura y elocuente. Fausto les confió que habían adelantado la fiesta de la Burbuja precisamente acuciados por aquella nueva realidad fantasmagórica, antes de que llegara la primavera, para recibir a esa estación propicia con proyectos ya definidos y poder hacer frente mejor a la situación de desborde que se avecinaba.

Y por eso le había insistido tanto a JR para que tuviera a punto su Vitrina Panóptica para Tesoros, en la que confiaba como artilugio acumulador de recursos financieros para los nuevos tiempos que se avecinaban, de salto en el vacío de los canales financieros tradicionales ante el empuje de los vendemotos y chorizos, tiburones e insaciables depredadores... Carla lo comprendió perfectamente... “Y de ahí también el Aisipiai. Lo comprendo, Fausto: me sonó divinamente desde que lo vi en el Tranvía, entre iconitos de camellas blancas y cisnes...”

Se les estaba echando el tiempo encima y Fausto así se lo advirtió. Apuraron sus refrescos, la Carla el aperitivo caipiriñado que había conseguido que le preparara estupendamente el camarero turco de la cantina, llamaron al Chema Egea que andaba por allí, fotografiando a los chipriotas refugiados voluntarios y sus acompañantes, y salieron a la explanada del aeropuerto de Düsseldorf donde el Mirallá les tenía reservada una sorpresa para su desplazamiento hasta la Burbuja: un helicóptero eléctrico tornasolar.

4

Sobre Dusseldorf en un Tornasolar

El tornasolar era una pasada, que dicen. Grandón, helicóptero de transporte pero acoplable a pasajeros también, completamente transparente desde el exterior, una suerte de burbuja o zepelín, y con pedales acoplables a los asientos en la línea de experimentación de optimización de energía que estaban llevando en el diseño de esos artilugios voladores, cada vez más animales o dioses míticos, mitológicos. “Se te ve el plumero, Mirallá: tu vieja idea-fuerza de la casa de cristal...”, y Carla le dio un codazo a un Fausto sonriente y satisfecho.

El piloto era un policía municipal; Fausto les explicó que estaban en pruebas previas a la adquisición de una flotilla de aparatos por la alcaldía de la ciudad, pues el helicóptero eléctrico tornasolar – HET o Tornasolares, sin más, les decían – parecía adaptarse bien a las nuevas necesidades de comunicaciones y transporte que los campamentos de precarios en proceso de instalación precisaban.

Todos en el municipio andaban muy nerviosos y habían puesto a disposición de los coordinadores de la fiesta de la Burbuja a uno de los Tornasolares en prueba, pues andaban interesados en la presentación de algunos de los objetivos logrados durante el invierno por los grupos de trabajo de la Burbuja del sabio Mirallá. Fausto miró a la Carla con cara seria:

“También están interesados en experiencias de organización de campamentos y poblados provisionales para refugiados y precarios”. JR se echó a reír.

“Aquí, todos a trabajar, Carla. O qué te creías, ¿eh?”

“¿Te has olvidado de qué van las fiestas del Naranjal?”

El vuelo del Tornasolado por sobre los techos del caserío urbano de Düsseldorf fue majestuoso. A esas horas del mediodía, los rayos del sol por entre los rompimientos de nubes habían fundido casi por completo el ligero manto de nieve, y tejados, arboledas y jardines, como el Rin todo, refulgían.

Desde el aire, allá abajo, en la ciudad llana, destacaba el ciclista aerostático como un gigante turco en un desfile de fiesta, su globo turbante multicolor deslizándose elegante por el callejero urbano hacia el parque del Mediterráneo y el Suli's Café, en donde se reunirían todos para el inicio de la fiesta de la Burbuja. Tras tomar tierra en el helipuerto improvisado en el parque del Mediterráneo, agradecieron al piloto aquel lujoso paseo de bienvenida; era italiano y les aseguró que, al terminar su servicio laboral, se verían por la fiesta. No quería perdérsela; era un acontecimiento para la ciudad. Un poco más allá, un comité de jóvenes activistas recibía a las dos familias chipriotas que habían visto en el aeropuerto, recién llegados en autobús; como tenían niños pequeños, querían alojarlos en albergues de fábrica, no en las carpas militares y prefabricados, algunas en el parque mismo, que reservaban para la gente joven y adultos sanos. Fausto les comentó, mientras se encaminaban hacia el Suli's Café, que la fiesta de aquel final del invierno iba a estar por fuerza muy condicionada por la urgencia de los campamentos de precarios. Estaban ya en el reino de la Necesidad, fuerza incontenible como fuerza de una divinidad, una de las más primordiales, si no la primordial, sin más.

5

En el Suli's Café

El Suli's Café estaba animadísimo, pura efervescencia. A la puerta del local se habían congregado los ciclistas aerostáticos con una docena de artilugios móviles multicolores, pues su exhibición en el parque iba a inaugurar el tiempo destinado a la fiesta. La gente estaba muy excitada en torno a los globos aerostáticos y se turnaba, sobre todo la más joven y jolgoriosa, para pedalear como posesas y tener recargados al máximo los acumuladores de energía de los aparatos. El Chema Egea se hartó de hacer fotografías y la Carla anduvo por allí también con sus registros activados, era una felicidad tanta energía allí concentrada, casi un derroche. A Fausto le habían reservado su lugar preferido, al fondo de la barra del Suli's Café, en donde mantenía siempre a punto una de sus terminales de trabajo, y un gigantón bigotudo y pelirrojo le estaba soltando un discurso apasionado. “Eso es, sí señor. Se han obsesionado tanto con centripetar todo, con fichar y controlar, cuantificar y aglutinar, que han creado un monstruo con perfil dominante represivo y financiero burdo, que están estrangulando las redes de centrifugación y supervivencia, la redistribución y el nomadeo. Y alguien les tiene que parar los pies, ¿o no?”

Wolfram, Lobo Corredor, así les dijo Mirallá que se llamaba, era un vecino de la ciudad, hombre del Rin adicto desde su juventud al nomadeo, y acababa de llegar de Chipre. Estaba comentándoles las últimas noticias de allá, y su vozarrón resonaba por todo el Suli's Café. “No se cortaron ni un pelo: de un día para otro, bloquearon todos los ahorros financieros de todos los chipriotas, desahuciaron de sus viviendas a todos los desahuciables, que se quedaron en la puta calle de la noche a la mañana, y entregaron llaves y títulos de propiedad de edificios desalojados, iglesias, mercados y edificios públicos

más representativos a los agentes de las instituciones financieras centrales alemanas y rusas. Eso sí, de todo lo incautado, el corralón de los tesoros, calcularon un diez por ciento y lo pusieron a disposición de oenegés, asociaciones no lucrativas y universidades para que se hicieran cargo de desplazados y precarios, de la gente que hubiera de necesitar cualquier tipo de asistencia tras el robo masivo perpetrado. ¡Cómo no van a estar como fieras, y con ganas de llevarse todo por delante! Lo tenían, además, premeditadísimo, pues en una sola jornada tuvieron listos todos los cálculos y cuentas, y decían que aún no alcanzaba para saldar las deudas contraídas entre ellos y que para el día siguiente querían tener listos los nuevos ajustes y recortes necesarios para que las cifras, ¡las cifras!, cuadraran. Son unos asesinos, y lo saben, y les importa un carajo, y se siguen cachondeando del personal, de todos nosotros. ¡Y no hay nadie que tenga agallas para meterles mano de una vez por todas!”

El orador los tenía a todos pendientes de sus palabras, y algunos colegas se acercaron a él para calmarle un poco. La Carla Canon consiguió que el camarero del Suli's Café – un gigante senegalés – le preparara un aperitivo caipiriñado; se lo ofreció con un guiño al hombrón pelirrojo aquel, éste lo probó, le gustó y se lo echó para adentro de un trago. Carla Canon se dirigió de nuevo al camarero senegalés: “Dos más, amigo”.

La fiesta estaba a punto de comenzar, si no es que ya había comenzado.

6

Cuando Wolfram Lobo Corredor se calmó un poco, logró contarles algo más articulado y coherente sobre su reciente estancia en Chipre, con el escándalo del saqueo directo a la población con que se abrían todos los noticiarios de los últimos días. “Fue una expropiación en masa, eso es”. El estado gestor, el estado coordinador, el estado providencia se ha convertido en contable o cajero, mejor, sin más, de un monstruo financiero sin rostro e insaciable en su tragárselo todo para que cuadren las cifras. ¡Las cifras! ¡Joder, con las cifras!”

Se calmó un poco de nuevo. La gente había invadido las calles y los parques, en manifestaciones y acampadas, habían vaciado de sus ahorros lo poco que les habían permitido los burócratas vendidos y los tiburones financieros, y poco a poco se habían visto obligados a organizarse en redes de ayuda mutua con los escasos recursos disponibles y la asesoría activa de oenegeros, asociaciones y activistas, entre los que Wolfram se encontraba. Su reacción inmediata, visceral, fue traerse consigo para Alemania al mayor número de chipriotas que pudo, a los que había dejado instalándose en los poblados provisionales de precarios del otro lado del parque del Mediterráneo. Y se había venido para la fiesta de la Burbuja para ver si conseguía perder un poco la cabeza, que lo necesitaba como agua de mayo.

Fausto Mirallá comenzó a inquietarse y llamó a JR que estaba a la puerta del Suli's Café contemplando el espectáculo que formaban

las bicicletas aerostáticas deslizándose por las calles que daban al río. Cuando vino a su lado, le dijo muy serio: “Es urgente la presentación de la Vitrina Monumental Panóptica Para Alojarse Un Tesoro, JR. Te he reservado una cabina plató para que la prepares, y esta noche, cuando presentemos el Aisipiai, ya tiene que estar la Vitrina navegando por el mar del WWW, ¿comprendes? Es el momento: La Vitrina Monumental Panóptica tiene que ser nuestro banco de recursos para este nuevo desborde que se nos avecina”.

Mamadou el Senegalés les prepara un tentempié

Mamadou, el Senegalés del Suli’s Café les había puesto un surtido de tentempiés, y Carla le dijo a Mirallá que ella necesitaba retirarse un rato para recomponerse un poco y estar bien dispuesta para la noche de las presentaciones. Chema Egea decidió ir con Lobo Corredor al poblado de urgencia y provisional que estaban montando a toda prisa al otro lado del parque del Mediterráneo, e instalarse allí los días que se quedara en Düsseldorf. Se despidió de Fausto hasta la noche. “Tu vieja propuesta de Europa como una casa de cristal, sabio Mirallá, se ha hecho realidad sólo en el perfil de la fragilidad, pues sí es de cristal, pero de cristal esmerilado, translúcido, si no opaco. El fracaso de una generación traicionada o engañada y que tarda en reaccionar. En cuanto me entere un poco de las nuevas presentaciones de la fiesta de la Burbuja, me vuelvo para América”. Fausto les adelantó que un equipo internacional estaba identificando a mentirosos y traidores, como decía el Egea, insaciables, antropófagos y chorizos, como decía Mirallá, que se escondían tras las siglas más abstrusas de las redes de especuladores globales y él mismo estaba diseñando una cárcel virtual en la que exhibirlos como una estancia más de la casa de cristal. Estaba creando muchos problemas la nueva acción de estos grupos: en muchas zonas estaban visitando sistemáticamente los domicilios particulares de numerosos políticos, jueces y financieros, y estaban siendo acusados por éstos de acosadores. “Sí, claro, nuevas estilizaciones: la gente acosa a los acosadores que no han cesado hasta el momento de acosarla a ella con leyes trucadas. El círculo vicioso del agujero negro...” “Otro ejemplo más de lo que necesitamos: desvirtualizar la red”.

7

Carla en una cabina plató de la Burbuja

Ánimo cruel y condición insolente. Ese era el perfil, en palabras sabias de un clásico amado, del corsario, del depredador. “Con esa gente, ni agua. Ni follarse. Estaría bueno”. Carla se preparó para darse una ducha en la cabina plató individual que el sabio Mirallá tuvo la cortesía de facilitarle, al lado de la de JR, en la azotea de la Burbuja, su centro de operaciones. Se notaba que en Düsseldorf tenían muchos más medios que en el sur para el montaje de sus intersticios de nomadeo, mejor organización tal vez también. Cuatro o cinco veces más amplia que la cápsula japonesa de la estación de la ciudad esteparia del interior en donde había dormido unas horas

la noche anterior, en la cabina plató de la Burbuja Carla pudo, tras la saludable ducha, montar la parte del material que podía presentar en la fiesta a la noche y hacérselo llegar al equipo del Mirallá, como habían quedado en hacer tanto ella como JR. Y luego aún le dio tiempo para descabezar una siestecita corta, antes de conectar desde el plató con otros centros de información con los que le interesó comunicar, sobre todo con los chicos de la Casa de la Computadora del consejo mundial de rectores y los de la Operación Ulises, que también iban a participar en la fiesta de la Burbuja, pues todos estaban interesados en lo que ya comenzaban a denominar el Aisipiai.

“Eso era. El enemigo siempre es de naturaleza cruel e insolente, únicamente interesado en el beneficio, sea el que este sea, inmediato, o al menos en la ventajilla, en el caso de los más mezquinos o aún no poderosos. La gangrena. Por difícil que sea, con ellos no debe haber piedad. En cuanto se desenmascaran – y las formas de desenmascaramiento son infinitas, sobre todo en tiempos de desvergüenza generalizada –, sin piedad, ni agua, ni follar... Ni siquiera intento de convencimiento ni de conversión; es una pérdida de tiempo, una distracción que una no se puede permitir”. La Carla lo tenía muy claro. Con los depredadores nazi-financieros no se podía convivir, y esa era la nueva frontera individual que había captado que se podía trazar con aquel sencillo certificado individual de independencia personal propuesto por Fausto Mirallá y que había convocado a todos allí para la fiesta de la Burbuja.

Había sido una desgracia dejar en manos de aquella plaga de apestados – enfermos ellos y transmisores a su vez de esa pestilencia – el diseño de lo que creyeron casa de cristal protectora y almacén global, a la que convirtieron en bunker centripetador y opaco en el que se encastillaron con trucos que vendieron como democracia y competitividad. “Hijos de puta, con perdón de las putas, hijos de putos, ya sin perdón posible, simples asesinos vistas las consecuencias en el día a día, la conversión de la bella y lúcida y sabia Europa de la propaganda política más descarada y cínica en una nueva red de campos de refugiados en todo similares a los que, desde ella, desde esa rica Europa que habían tomado en sus manos traicioneramente, habían intentado estructurar con gran esfuerzo y voluntad para un resto de mundo global arruinado al írsele de las manos un control extractivo excesivo por esquemas de optimización, competitividad y rentabilidad exhaustivos como obsesión matemática o estilización centripetadora ya sin alma. La lógica del corso y de la guerra, la única respetada y respetable para aquella mafia política y financiera que se erigió en nueva ortodoxia o nueva iglesia, o nueva religión, de su única divinidad, como toda divinidad única insaciable y enemiga de todo lo que no sea ella misma en su pretendida totalidad áurea, el dinero o el interés. De nuevo la lucidez de un clásico amado que avisa, profetiza o alerta como aquella angustiada Casandra, agorera de catástrofes. Insolencia y crueldad. Ante ellas, la sola eficacia del garrote. El garrote vil. Metáforas de la desolación y de la rabia... Ganas de matar...”